

Tierra y Libertad

Barcelona, 24 de octubre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II • Núm. 36 • 15 CÉNTIMOS

Para que la revolución sea nuestra

El profundo pensador y propagandista Agustín Hamón, autor de varios libros a cual más interesantes, examinando la crisis actual que atraviesa y oprime al mundo, escribió en el mes de marzo último tres bellos artículos en el diario parisiense «La Volonté». Resumiendo dichos artículos, decía lo siguiente: «En el siglo XVIII, los economistas y los filósofos, viendo crecer sin cesar la diferenciación entre ricos y pobres, predecían una revolución, la cual se produjo en 1789 y duró hasta 1815. Hoy la situación es análoga, pero en un grado mucho más intenso. Como las causas parecidas producen necesariamente efectos parecidos, es de temer que produzca una revolución si los dirigentes no hacen desaparecer la desigualdad actual entre los hombres.» Añadiré algunas consideraciones a lo anteriormente expuesto. Los dirigentes del capitalismo no pueden (aun queriendo) resolver el problema económico y social, porque en sus manos resultaría peor el remedio que la enfermedad. La única forma eficaz en estos momentos de descomposición del régimen presente, sería hacer la entrega total de la riqueza social existente, y de todos los utensilios de trabajo a los productores.

Así se evitarían las molestias de la revolución expropiadora y libertaria que viene. Pero los hechos dicientes de la historia de las revoluciones pasadas demuestran, que nuestra querida burguesía o sea no lo hará nunca, por ser inconcebible para ella. Todo lo que puede hacer cuando ve su bolsa en peligro, es rodearse de pretorianos, para hacerse la ilusión que el problema está resuelto. En último caso, cuando la revolución estallo, se vale de lo único que a su resaca queda: comprar a los jefes del pueblo para desviarla. Pero nosotros los anarquistas, que hemos tomado parte activa en todos los movimientos rebeldes sin beneficio alguno, no nos dejaremos engañar. Aprovechando las enseñanzas de la historia, y para que los hechos no se repitan de nuevo, tendremos en cuenta que llegados los momentos palpantes de la revolución; los logros que les gustan las cosas hechas, procurarán por todos los medios, como han hecho siempre, apoderarse de ella.

Emplearán la calumnia, la astucia y la persecución solapada, si no pueden ejercerla a las claras. He aquí algunos ejemplos: Mientras que los hambrientos parisienses durante la Gran Revolución, se hallan en las calles pidiendo pan y armas, sus representantes en la Asamblea Nacional, con Mirabeau a la cabeza, pactaban con el rey y la nobleza para fusilarlos. Y cuando vieron sus intentos fracasados, porque Canillo Desmoulin se adelantó a sus proyectos con el grito que lo hizo célebre: «No hay que perder un momento, a las armas», tomaron otro camino, pero siempre con la vista fija en poner diques a la revolución y hacerla suya. Les asustaba el pueblo armado; igual que les asusta hoy a todos los que quieren imponer su autoridad,

sea ésta blanca, roja o negra. Formaron las milicias burguesas o nacionales, para canalizar a su gusto el movimiento insurreccional; y cuando el pueblo furioso, sediento de pan y justicia se dispuso a dar el asalto a la Bastilla, con la intuición certera de que entre los muros de la maldecida fortaleza habían sido martirizados los pensadores y defensores de los eternos parias, el Comité milico hizo a su vez igual que los representantes populares en la Asamblea Nacional. El Comité sabía que los rebeldes no respetarían nada, y quería a toda costa que el gobernador le entregara la horribilísima prisión, para impedir que fuera destruida por el pueblo justiciero.

Gracias a que la multitud vió, o, mejor dicho, adivinó las matanzas que se querían cometer, y guiada solamente por su instinto revolucionario, no escuchó órdenes de nadie. Es casi seguro que sin el sentido justiciero que acompaña siempre a las masas si no se le ponen espejismos por delante, la Bastilla hubiera continuado en pie. Sin embargo, la astucia triunfó al fin, pues el pueblo de los suburbios que tan valiente se mostró para derrocar al feudalismo, se dejó engañar otra vez por la nueva burguesía, instalada en los Ayuntamientos; y desde allí daba órdenes a los que lucharon en las barricadas para ella.

«Toda la historia es una repetición. En la «Comuna» de París ocurrió igual; mientras los políticos perdían el tiempo lamentablemente discutiendo si eran galgos o podencos, los revolucionarios y el pueblo se morían de hambre; entre tanto, los reaccionarios se preparaban para dar el asalto a París. Aquella torpeza trágica costó más de treinta mil vidas, y los gobiernos hallaron el pretexto, para perseguir a la primera Asociación Internacional de los Trabajadores, madre de nuestra F. A. I. y C. N. T. Si echamos una ojeada a la revolución rusa, observaremos al punto que ocurrió una cosa parecida. Mientras que los makhovistas sufrían todas las fatigas del mundo para derrotar a los ejércitos contrarrevolucionarios, nacionales y extranjeros, el asesino Trotsky, abortó de la humanidad, al frente del ejército rojo (que no pudo vencer al contrarrevolucionario) daba órdenes secretas para que mataran a nuestro buen camarada Makhno y demás anarquistas.

Y más reciente todavía, tenemos lo ocurrido en España. Los socialistas, traidores de toda la vida en el movimiento obrero, los vemos hoy disfrutar las prebendas de la República y a Maura lo hemos visto imitar a su padre con Ferrer y en Alcalá del Valle cuando mandó apalear a las mujeres en cinto hasta hacerlas abortar. ¡Alerta, camaradas! En los movimientos que se avecinan, nada de plataforma; y el que quiera imponer su credo, se lo tira de cabeza al suelo. Tengamos la vista fija en el porvenir, pero sin olvidar el presente.

M. SANZ JIMENEZ

San Jorge es el caballo de espadas

En todo el territorio de Cataluña, el ex portavoz y ex propagandista electoral más desinteresado, Juan Peiró, ha tenido un sólo voto confederal. No puede darse desvío más claro, ni repulsa más contundente. Que sea ahora antipolítico carece de importancia, porque después de las elecciones hasta los repartidores de papeletas reniegan de candidatos y comisiones electorales.

Peiró ha puesto a desesperante prueba la capacidad cordial de quienes oprimíamos su antigua consecuencia, y su modesta e incansable laboriosidad. En los últimos cuatro años no hay veleta tan chirriante ni barómetro de fases tan variables y alocaadas como su pluma. Tal vez la palabra desahogada sea poco para calificar la furia intemperante de Peiró en cambiar de postura.

Recordáis aquella serie de artículos publicados con el título común «Deslinde de campos»? Pues veces se han escrito frases más sensatas, justas y oportunas. De la noche a la mañana, cuando menos motivos había para esperarlos, cuando el destinatario de aquella ofensiva parecía más empujado en justificarlos, vemos que Peiró enfundaba la pluma y se pasaba al enemigo.

Recordáis aquel famoso manifiesto que firmó Peiró con una lobada de burgueses y políticos? Ya recordáis también que retiró la firma horas antes de entrar en «Solidaridad Obrera». De nuevo volvió a rectificar y a acomodarse en la nueva posición con una desenyoladura, que si la emplea igual para hacer bomballas, debe producir verdaderos estropicios.

Pero la cantidad expansiva de los opiniones de Peiró, no tiene término ni límite. A pesar de que Lluhi, el diputado trocista antes, trasgrediendo los límites de la abstracción y trabucando pronto, dijo que los dirigentes de la Confederación eran unas calamidades, aludiendo a Peiró y a Pestano—no a Clara, que sólo ha sido su el Tenorio pululista una especie de Chulú—, se empujó en equivocarse de nuevo, rechazando dictatorialmente los textos adversos a la política imperante cuando estaba al frente de «Solidaridad Obrera», y afirmando que el Comendador, don Juan Tenorio y hasta el capitán Centellas hicieron de «Solidaridad Obrera» su ideal, su idolatría y hasta un punto de su pesebre.

Era algo absolutamente nuevo en el mundo proletario la actitud de «Solidaridad Obrera», desentendiéndose de los intereses reales, directos y efectivos de los trabajadores, como de sus ideales más íntegros, para poner cátedra de jacobinismo republicano. Se han publicado artículos tan exaltadores de Maciá, que están a mil colos en calorías admirativas sobre los que se han dedicado a las víctimas del terror policíaco y patronal, y, sobre los de la Prensa catalanista. Hubo momento en que la moda más grotesca de Barcelona consistía en llevar «La Public» y «Solidaridad Obrera» en la mano.

Después vino la victoria política de los albarberos de Maciá y también «Solidaridad Obrera» hizo acto de presencia en las curules triunfantes.

Semejante acomodamiento, que incluso desde un punto de vista exclusivo de clase representa tanto una trasgresión como un suicidio, no podía producir más que el apartamiento de los políticos profesionales, cargados ahora de reliquias y hasta de reliquias, sueldos, autoridad, momios, dietas, viñes en avión, sleeping, troteras, guardia civil, mozos de escuadra, furor de propietario, cascos de Jefatura y cascos de vino, brochetas, mantones de Manila, incienso a Maura y a los socialistas y, en fin, hajeza moral. Siempre la profesión del dogma de clases acaba por enredar a los trabajadores con los políticos.

A toda esa chusma favoreció «Solidaridad Obrera», ex órgano del viejo millonario general en jefe de la batalla inédita de Prats de Molló, ex servidor de Alfonso y general en jefe de las hordas con sueldos no inéditos, sino reumáticos, mientras arde el pueblo de hambre. El manifiesto de los treinta fue, según Lluhi Vallsca, inspirado por éste. Pensar que San Jorge inspiró a Gilman y compañía, para que firmaran valiéndose de Lluhi! Y luego que hablan de pellicenas olvidando las que les hace firmar el rey de espadas, que es San Jorge. Cuando la política desdén a los dictadores sindicales, éstos se enfurecieron «Trop de sélet», dicen los franceses. No tiene la menor calidad de cordura la actitud del abstemio cuando le niegan el vino. Los mismos políticos degradados, son abstemios cuando han terminado las elecciones, o sólo quedan las postreterías, los escorrellos, las heces. El mayor alcoholismo es abstemio cuando se termina el vino.

En resumen: una cantinera serie de liecumbones. No las ha inspirado sólo Peiró, claro está, pero es preciso suponerle más sensible a las halagos que a la verdad; a la benignancia de los políticos que le tratan como de fillosa que a nuestra verdad futura. Lisa y llana que avisaba, tal vez con acento, pero también con afecto. Nuestra simpatía se iba desmoronando a medida que le veíamos ascender por la cuesta de las pellicenas.

Se decía que nuestra crítica era intemperante, que vivíamos fuera de la realidad. Véase, como, por el contrario, estábamos en lo cierto al decir que Maciá y sus palafreteros agasajarían a la guardia civil y que los aliados de San Jorge fusilarían por la espalda, en la calle, a hombres indefensos, cacheados y desarmados, previamente. Lo

La expropiación de la tierra y el municipio libre

Considero de necesidad inexcusable el que antes que llegue el momento inaplazable de que los campesinos se apoderen de las tierras que trabajan, explicar lo que a mi juicio considero necesario crear para la buena administración de lo que ha de ser propiedad común de cada pueblo.

Pero antes he de decir por qué soy partidario de que la tierra sea para todos y no solamente para el que la trabaja.

Sabido es que los principios comunistas-libertarios determinan que *nada será de nadie y todo será de todos*.

Esta máxima, tan inteligente como justa, es la salvaguardadora de los intereses comunes contra los egoísmos individuales y la expropiación de los distinguidos gremiales en evitación de celos industriales o de oficio. Es decir, que la tierra será de todos; administrada por el Municipio Libre establecido en cada pueblo, al principio, el ensayo de la explotación de la tierra comunemente, para extenderla en el momento que se pueda, dando su poder a las federaciones comarcales, a las provinciales, a las regionales por fin a la nacional, confederalmente, cuando puedan hacerlo todos los oficios e industrias cuyos beneficios no serán para los obreros industriales solos, sino que como los de la tierra serán para todos.

Pero, como lo que más interesa como inmediato y como más maduro es el problema de la tierra, a ella va dedicado este artículo. Al decir Municipio Libre, para nada me refiero a los Municipios actuales creados por los intereses bastardos de la política y la multiplicación de caciquismo ladrón y despreciable.

Desde luego, que hay que luchar porque el campesino comprenda que la tierra no pertenece a los actuales propietarios. Hay que repetir una y mil veces al campesino que la propiedad de la tierra es de todos y que sus actuales poseedores la adquirieron por medios engañosos o ladrones y no puede haber escrupulo de conciencia quitándole su propiedad a los años para dejarla en beneficio de todos y el usufructo para los que la trabajan.

El Municipio Libre, no tendrá nada de político en la concepción de la palabra; será sólo de carácter administrativo y se compondrá de los vecinos trabajadores residentes en el Municipio, elegidos como se eligen hoy los cargos en nuestros sindicatos de oficio, y mantendrán las mismas relaciones con los otros Municipios, federaciones o confederaciones, como las tienen hoy otros sindicatos.

Como no todos los vecinos de un Municipio son labradores, ni deben serlo, porque también se necesitan obreros de otros oficios, como panaderos, zapateros y otros muchos, mientras no se pueda ir más allá de la expropiación de la tierra, se les respetará en sus oficios y costumbres que no significan perjuicio, peligro ni abuso para el Municipio ni la comunidad.

Los campesinos, propiamente dicho, trabajarán la tierra del común, siendo obreros y patronos de sí mismos, puesto que el Municipio estará compuesto por ellos y ganarán lo que sea suficiente para vivir vida de personas, que ellos mismos estipularán como jornal proporcional, pues no es lo mismo una familia de dos personas que una de siete y en esta proporcionalidad se repartirán para organizar su vivir.

Los ancianos, niños e inútiles serán atendidos humanitariamente por la comunidad, lo mismo en la enseñanza, higiene y toda clase de necesidades y cuidados necesarios en su nueva estructura social.

Como verá el que lee este artículo, no soy partidario de una vez hecha la expropiación de la tierra entregársela a los sindicatos de campesinos, como propugnan algunos camaradas.

Considero que los sindicatos no deben ser otra cosa que un arma para comenzar y educar al trabajador hasta el momento de conseguir el fin perseguido, y esto será para los campesinos cuando logren fundar el Municipio Libre, que anulará en absoluto el sindicato local absorbiendo sus facultades y derechos de administración y personalidad social.

Muchos, después de leerlo, repetiréis la frase conocida: «está bien este artículo, pero una cosa es predicar y otra dar trigo», porque el deseo no es malo, la voluntad es segura, pero ¿quién pone el cascabel al gato?

Amigos campesinos que así razonáis; el cascabel al gato se lo pondremos todos y no hay que tener miedo a los zarzapos del animalillo porque ya estamos acostumbrados a otros zarzapos iguales y porque sabemos que cuando vamos a por moras para alimentarnos y a por rosas para disfrutar de su aroma y para adornar a nuestros amores, sacamos las manos heridas por las espigas de las zarzas y nos sacorremos.

¡Vamos a hacer perdurable la vida esta

que no podíamos sospechar es que los rebeldes se acumularon con tanta rapidez, para darnos la razón y patentizar que la papeleta electoral es siempre el título de propiedad que otorgan unos hombres, para que otros los fusilen y los expliden. Esto hay que decirlo siempre, no sólo ahora. Lo mismo se venderá por dinero que por nada. Lo único digno es no venderse de ninguna manera, ni vender a los demás, por dinero o sin él.

GALATRAVEÑO

de muerte lenta, de hambre, de fatigas, de malos tratos? ¿Vamos a seguir viendo con la pasividad de asnos la muerte de nuestros hijos, de nuestras amadas o de nuestros viejos por inanición obligada e impuesta por los amos de la tierra que mueren de hambre y hastiados de disfrutar de todos los placeres del mundo, tirando a manos llenas el oro que nosotros les proporcionamos con nuestros esfuerzos de esclavos?

Tanto da morir de un tiro, sobre la tierra que queremos sea de todos o morir matando a nuestros enemigos; mejor algo, es morir así, que no en un rincón como un perro, o de hambre como un vencido en la cama de un hospital indecente, coreada nuestra agonía de irredentos por las liturgias e hisopazos de los representantes de un dios bárbaro y cruel que consiente los crímenes en la tierra y que serían las carcajadas del capitalismo ayudándonos a bien morir poniendo su I.N.R.R. en nuestra cruz de martirio.

¿Qué os parece?

MARCO BAJATIERRA

REFLEXIONES

Hicieron bien aquellos célebres treinta salimbancistas que plantaron los cerros al final de una casa que parecía escrita por fray Junipero. La revolución no es cosa de gente aventurera y anarquista, sino de hombres que no estén en estado fibrótico, que estén tranquilos y frescos. La revolución ha de venir por sus pasos contados, poquito a poco, y para regular los movimientos revolucionarios se colocará en cada sindicato un contador automático y musical. Para algo se hicieron papilla los sesos treinta hombres. Erán 30 hombres, 30, y su brillante manifiesto lleno de cordura y de vaselinas.

Una vez cayó un bolido y resultó que era una circular. La circular era cuadrada. Trábase de una hoja impresa en la que se mandaba con espíritu berenguerista que no se declarasen más huelgas, porque ellas impedían que la C. N. T. fuera agradable a los ojos de ciertos sindicalistas elegantes que han trabajado porque la C. N. T. haga de salques en el desconcierto político. Pero se dieron amicos. Los sindicatos y en particular los trabajadores han clavado—magallón acuerdo—los imperialistas circulares que fueron encerradas en el lugar correspondiente con todos los honores. ¿Se terminaron las huelgas? Huelga el comentario...

Proponemos que también para las huelgas se coloquen en todos los sindicatos contadores automáticos que regulen y señalen día y hora de cuando ha de empezar y terminar cada movimiento.

—Ché, amigo, en este sindicato no te se veía a ocurrir lanzar la palabra anarquismo. Esa es una palabra que se les traía y usaba mucho en nuestros medios confederales estrovoltrio a que no quedáramos ni aún nosotros que somos los mártires de la Confederación. Además el anarquismo es una cosa para después que se haya plantado en el mundo el ideal sindicalista. Todas las cosas de la vida (de la tierra vida) han de venir escalonadamente. Ayer fue la monarquía, hoy es la República, mañana será el sindicalismo besnardiano y pasado mañana...

Se va a publicar próximamente un libro que viene a ser una cosa así como el «Discurso del Método» de Descartes. En la filosofía cartesiana queda señalado aquello tan famoso de: *Cogito, ergo sum* (Pienso, luego existo). Solamente que en la filosofía sindicalista del libro que va a publicarse va estereotipado aquello de: «Funciona el Comité, luego se coliza».

Damos nuestro más sentido pésame a los lectores que tengan la desgracia de leerlo.

Hay muchos comentaristas y cuentistas que creen que el anarquismo no es realizable todavía y que aun tardará siglos en realizarse. Fundan los tales su raciocinio en que la humanidad está llena de lacras y miserias y que cada individuo viene a ser una cosa así como un surtidor de perulencias morales.

La anarquía, según el patronaje de los superevolucionistas, tendrá lugar cuando cada hombre se haga inmaculado, transparente como el cristal, músico, eléctrico, vaporoso, sentimentalísimo, exquisito, correcto y melódico. Tendrá lugar cuando cada humano sea un alado arcángel o un reloj de pulsera.

Y para que un hombre llegue al grado de perfección es necesario que antes lea a Sorrel, a Besnard y a San Cucufate; que adquiera, que se convierta en un fétnico y que tanto el comer como el dormir, el andar como el bostezar, lo haga reglamentariamente, evolutivamente, perfectamente...

MEDINA GONZALEZ



Un barco, el «Antonio-López». A quienes no recuerden lo que significa este nombre les diremos que es el de un negro, antecesor del marqués de Comillas. Por no querer ser esclavos, los actuales presos en el «Antonio López» tienen que vivir a bordo como los negros que transportaba Antonio López de África a América.